

EXALTACIÓN A NUESTRA SRA. DE LA ENCARNACIÓN

A cargo de



Moisés Ruz Lorenzo

interpretaciones musicales por la

Banda Municipal de la Puebla del Río

Lunes 20 de febrero de 2012 21:00 horas Parroquia de San Benito Abad



PRESENTACIÓN DEL EXALTADOR POR

Lutgardo García Díaz



Porque quedan dos días para comience una nueva cuaresma. Porque ha llegado la hora y los corazones ponen a punto sus viejas devociones. Porque Nuestra Madre espera recibir en su altar las oraciones de su barrio. Porque aunque el frío nos engañe, una primavera está aguardando tras cada minuto de luz que se alarga. Porque hay un temblor en los altares de insignias que presienten un nuevo martes Santo. Y porque su cara, esta cara está deseando dibujarse de nuevo en el contraluz pleno de la calle Oriente...

Ha llegado el momento de ceder el testigo, de otorgarle la palabra a una voz que procede desde el mismo lugar del que vino a San Benito Nuestra Señora de la Encarnación, porque el exaltador de este año es paisano de la Reina de la Calzada.

Desde la otra orilla del río, cruzando el puente de Triana, viene un antiguo alumno del Colegio de los Salesianos que, por vecindad con María Auxiliadora, sigue cantando cada día ese *“rendidos a tus plantas”* con el que su alma aclama a la Sentaíta. Su formación, pues, queda enlazada a sus más claras y rotundas convicciones cristianas, y como cofrade pertenece a la Hermandad de San Gonzalo, donde ha desarrollado gran parte de su labor, habiendo sido auxiliar de la Junta de Gobierno, acólito y redactor del boletín, volviendo a ser, desde el pasado Lunes Santo, un blanco nazareno que se ajusta con ilusión y fervor el esparto para acompañar a su Señor del Soberano Poder durante la estación de penitencia.

En nuestros días, es hermano igualmente de la Hermandad de la O, corporación en la que actualmente se encarga de trabajar y colaborar en el área de la delegación de juventud. Y también es miembro de la Hermandad de la Divina Pastora de Triana, donde ha formado parte de su junta de gobierno, ocupando los cargos de Diputado Mayor de Cultos y Gobierno y Diputado de Relaciones Deportivas, puesto en el que se volcó plenamente para hacer todo lo posible porque el patronazgo de la Pastora trianera sobre el deporte español volviera a relucir como en el pasado.

Profesionalmente es periodista, caracterizándose por ser un comunicador nato y amigo de sus compañeros de faena, lo que hace siempre más fácil su labor. Estudió en la Facultad de Comunicación de la



Universidad Hispalense, y ha trabajado ya en diversos medios como la Cadena Ser y Giralda TV, habiendo presentado y dirigido en esta cadena local “El Programa”, espacio cofrade que fue reconocido el pasado año con el Premio ATEA (Asociación de Telespectadores de Andalucía) al mejor programa de interés social. Desde hace escasas fechas trabaja en dos nuevos proyectos, uno de ellos en Canal Luz con “El Programa Cofrade” y el otro en la Cadena COPE con “Saeta”.

Pero a todo este bagaje académico, profesional y cofrade, añade también su experiencia como orador, y a pesar de sus veinticinco años, ha pasado por diversos atriles, y así caben recordar sus pregones de la Juventud Cofrade de Triana, del Rocío de Pilas, de la Divina Pastora de Santa Marina, de las Mercedes de Mairena del Aljarafe y, más recientemente, del Carmen de Santa Catalina. La pasada cuaresma fue, así mismo, meditador ante las imágenes titulares de la Hermandad de la Sagrada Lanzada, y en la Velá de Santa Ana tuvo el honor de hacer un año la salutación a la Abuela de Dios en ese templo que es considerado como la Catedral trianera.

Queridos amigos, hoy tenemos la suerte de presentar a un joven cofrade que sabe sentir y transmitir la verdad de nuestra devoción. A buen seguro no defraudará a nadie porque trae esa verdad en su pluma y en su lengua. Y si creemos, como dice el Señor “de lo que rebosa el corazón habla la boca”, hoy tendremos la oportunidad de comprobar la hondura de las bondades que llenan el corazón de esta promesa, hecha ya realidad y que se llama Moisés Ruz Lorenzo.



EXALTACIÓN

A

NTRA. SRA. DE LA ENCARNACIÓN

MOISÉS RUZ LORENZO

20 de febrero de 2012



1. Vine a verte y no te vi

Vine a verte y no te vi. Aquel custodio banco me apresó sin permitirme el segundo de gracia que a todo preso le sabe a libertad. No tuve esa fortuna... Me instaron a imaginarte para al menos poder rezarte.

Y así sucedió. Él, el Señor en cuerpo y alma me recibió en casa, me abrazó. Hacía tanto tiempo que no lo sentía tan cerca...

Es nuestra razón de la existencia. Nuestra esencia más esencial. Nuestro pan de cada día. Dios omnipresente que adoramos en su gloriosa perfección cuando arrodillados en un áspero banco recibimos su eterna bendición.

Fue aquel martes, uno de entre tantos para tus hijos de la Calzá, en el que decidí visitarte para implorar por tu iluminación divina, tras un encargo que esta noche emocionado vengo a ofrecerte.

Pero no te vi. Le recé, le canté, lo tomé, a Él, a nuestro Dios, pero contigo jamás crucé ni tan sólo una mirada. Parecía un mal sueño del que uno nunca despierta. Venir a verte y no encontrarte me rompía el alma en pedazos.

No me quedó otra. Busqué en mi mente el recuerdo para añorar tu belleza y te recordé por momentos. En aquel besamanos que uno visitaba cada año para perfilar tu dolor más hermoso. O esa tarde larga de una sevillanísima primavera donde un joven chiquillo saltaba de iglesia en iglesia para no perder detalle en una Cuaresma deseada, y que en su necesidad de una vigilancia de guardia tocaba turno de visita aquí en tu templo para testificar que todo marchaba por los derroteros correctos. O como no, en esa eterna revirá para alcanzar la calle Águilas. Ahí, con ese varal que precede a un manto bendito te me escapabas cada Martes Santo, pero que hermoso es ver en el resquicio de una última mirada el sombrío esbozo de tu silueta en ese encalado bloque.

Recuerdos y añoranzas de año a año, de segundo a segundo que han alimentado mi cofrade alma en el entorno más cristiano de esta bendita y mariana ciudad.

Pero Madre, no me bastaba con ello. Ese día, aquel martes de merecidas oraciones en el rito de la Sagrada Exposición del Santísimo, los minutos corrían hacia atrás. Que yo venía a verte y por más que buscaba no te encontraba.

Así sucedió y así por siempre lo recordaré. Pero llegó aquel instante que ansiaba más que el aire en un alma asfixiada. Clausurada la divina



exposición de Dios, la voz del hombre entonó tu rezo. Una Salve bendita que ante Ti suena a oración y a Semana Santa.

Decenas y decenas de tus hijos dejaban atrás los bancos de la misericordia, por la que tanto imploré aquella fría tarde de enero para alcanzar el instante del encuentro. Tú y yo, rodeados pero solos. Habíamos quedado y sabía que me esperabas.

Pero llegué tarde Madre. Llegué tarde a nuestra cita. La razón, más que de peso. Ángeles, en torno a unos 50, inundaron de amor la capilla de tu inocencia. En sus ojos, la música. En sus corazones, tu Salve. Eran los niños de tus entrañas. A los que aquel día junto a un servidor, citaste a tu encuentro. A tu mirada, a tu beso, a tu bendición. 50 jóvenes cofrades rindieron honores de cristiandad en el estreno de limpias e impolutas medallas. Nuevos hermanos, camino del futuro para un presente que lo necesita.

No hubo más razón, Madre mía. Por más que lo intenté no encontré aquel resquicio que a Ti me llevara. Dolido y confuso, en la frialdad de tus paredes lo comprendí. Me llamaste a tu presencia no precisamente para embobar mis horas con tu gracia llena e infinita hermosura de raíces trianeras. De tu rostro tal vez conozca más que suficiente. Tantos años, o aún pocos para los que todavía me restan, he ido a Ti, a implorarte, a perderme entre tus azucenas más sevillanas que hayan podido nacer en esta milenaria ciudad. A acariciar tus bordados del genuino Rodríguez Ojeda. O abrazar el calor del pequeño gran Ángel de la Guarda que iluminó tu Encarnación.

Que voy aprender en el fragor de esta batalla de inocentes miradas si cuento a miles nuestros encuentros. Si es pasear por el barrio al que llenaste durante siglos de tu bendita gracia y te veo, te siento, te rezo en aquel azulejo de Pagés del Corro, allá donde un Hospital y su Ermita tomó tu nombre, Palomita de mi Triana.

Por ello, acertadamente, ese martes de ofrendas y alabanzas a mi Señor, me citaste no para volver a vernos, sino para mostrarme el camino e iluminarme en este encargo de folios blancos y aglutinamiento de bellas y dulces palabras. No querías que me fijara en tus verdes ojos, sino en todas aquellas mujeres y hombres buenos que juran cada día amor eterno ante la que siempre denominaré como la mejor representación de la hermosura del dolor en la Madre de Dios.

Aprendí la mejor lección de todas. Observarte en ellos, en ese hermano que se le llena su boca con tu nombre. En sus corazones de la Calzá seguro



radica ese pregón que roce la perfección y por el que daría lo que fuera para ensalzarlo en ésta, tu cercana fiesta de la Encarnación.

Así quisiste que sucediera. Vine a verte y no te vi. Bueno, matizando diría que te vi en todas partes.

Pero en mi obligación a tu canto celestial que entona la Salve quizás mejor cantada y más universal que en Sevilla se practica, si aquella tarde de enero no logré mirarte y entonarla como Tú me enseñaras en el inmaculista mes de diciembre del año 94, hoy sirva como carta de presentación de este humilde peregrino el rezo de mis plegarias en una Salve soñada:

Dios te Salve María,
Encarnación de las almas.
Llena eres de Gracia
En el vientre de la vida,
Azucena sevillana.

El Señor es contigo,
Presentación de la Calzada,
Y bendita entre las mujeres
Las que lloran y te claman
Por el fruto de su vientre,
Sangre que Cristo emana.

Santa María, Madre de Dios,
Firme, hermosa en tus dolores
Ruega por nosotros pecadores
Bajo el manto de tu Sol,
Que ilumina al que reza
Y perdona nuestro error.

Te corona el barrio, es su suerte.
En la Calzá late tu amor
Cada martes, fiel a verte
A rogar tu intervención
Siempre ahora y en la muerte
Virgen, Madre Encarnación.



2. Jóvenes del Martes Santo

Querubines en tu gracia llena, Encarnación. No debe haber más orgullo para el cofrade de la Calzá que encender la llama del amor e iluminar tu caminar por los senderos de la Jerusalén más sevillana.

Martes Santo, joven nazareno. Una medalla estrenas en el año de los deseos. Y a ser sinceros, es cierto Madre, que aquella tarde de enero vine a verte y no te vi. Pues unos 50 ángeles custodiaban la capilla de tus secretos, ese bendito rincón que sabe a cielo sobre la ciudad de tus anhelos.

Y ese ángel, aquel joven sanbenitero tomó tu bendición y en tus manos vio una aguja y terciopelo. Le tomaste las medidas, el diámetro del capirote y un cíngulo, el más hermoso del mundo entero.

Zapatos negros relucían en un azabache torero, y para repartir alegrías que no falte una buena bolsa de caramelos.

En esa tarde de invierno, fuiste algo más que una inspiración para el joven que un día soñó salir por Ti de nazareno. Le ofreciste dotes de maestra, de madre amiga y de una excelente costurera. El tejido de esa túnica de la pureza y el antifaz morado que tapará su inocencia jamás podrá ser manchado, ni quemado, ni pisado en la bulla que ante tu palio llevas. No es esa túnica que cada febrero en una tintorería cuelga, ni a la que clava agujas para unificar el escudo de tu azucena. No es la misma que la del que esconde su vergüenza y calla acobardado ante las duras ofensas a su religión, la nuestra, la que nos lleva al Señor.

Esa túnica nazarena cuesta más que la de todos los sevillanos y sevillanas que presumen bajo el antifaz que les lleva a la fiesta pagana de sus *creencias*.

A ti joven, cofrade, cristiano y nazareno, sólo puedo abrazarte, sentir el calor de tu esfuerzo. Que lloras el Martes que no sales, que sufres entre adoquines de hierro. Que por Ella darías la vida en el juramente de tus besos.

Que confiesas que lo pasas mal cuando tocan su manto para luego ser tema de foro a criticar. Que besan su mano y no le hablan, sino que desnudan su alma por una toca de la que parece entender media Sevilla.

Aún no olvido que hace apenas año y medio un ser perturbado quebrajó el corazón de los sevillanos cuando al Señor, Dios del Gran Poder, osó dañarlo sin piedad alguna. Presumimos de pluralismo social, más bien



existen muchos pensamientos con escaso rigor de rendimiento y donde por supuesto brilla por su ausencia el tan valorado respeto.

Por eso buen amigo, joven que aquella tarde me robaste la belleza que buscaba, toma el cirio, estrena la túnica que Ella mismo tejió en tu alma y haz tuya la palabra que Su Santidad el Papa Benedicto XVI nos regaló el pasado verano en nuestras jornadas de la juventud en España: “No os avergoncéis del Señor”. Que Dios ya os lo confesó a través del más hermoso lema plasmado en un banderín de juventud: “Dejar que los niños se acerquen a mí”.

Indignos indignados intentaron formular entonces convulsiones ante jóvenes cristianos. Pues nazarenos sin antifaces, mis hermanos, no renunciaron al respeto ni en aquellos días de verano. Ejemplo no sólo de fe, sino de ciudadanía y saber estar. Y a ser sinceros, no pienso luchar ante otras creencias, todas tan dignas y respetables como la mía. Pero que no te toquen, Madre, que tu luz siga siendo pilar de mis días y que tu Encarnación celestial alcancemos todos los cristianos que cada 25 de marzo profesan su total creencia en Ti.

Y no juzgar, pero sí defender nuestra libertad ante el que intenta arrebatárnosla. Hablemos con él y digamos fielmente: “sí creo”. Todo sea por tantísimas personas que requieren de su presencia día tras día por verdadera necesidad.

Pues aquella tarde en la Calzá de Martes azulado y de azucenas sevillanas nos valdrá para decirle respetuosamente nuestra opinión, siempre después de haberle escuchado...

Querido amigo...
¿Existe María en el corazón del cristiano
Que en una cama arropado
No puede ni respirar?

¿Está Ella en esos padres
Que trabajan a destajo
Para que el hijo pueda estudiar?

¿Vivirá en ese niño
Que con tan sólo 5 años
Ya ha aprendido a rezar?

¿Escuchará María a ese joven



Que le pide a su Virgen
Para ayudarle aprobar?

¿Habitará Ella en ese anciano
Que mira al cielo desolado
Porque allí su amor está?

Quién sabe...
Sí, quién sabe...
Porque quizás tú nunca lo sabrás.

Pues no quitarás mi rezar,
Ni siquiera conquistarás
Las fronteras del corazón
Del que siente por amor
Una misma identidad.

Ni tampoco lograrás
Que hoy deje de pensar
Que ese 'simple' crucifijo
Que siempre ahí ha estado fijo
Me lo pretendes arrebatar.

¡Libertad, cristianos, libertad!
No nos podrán amasar
Ni borrar nuestro fervor
Ni tampoco pisotear
Ni arrastrarnos a su 'religión'.

Y no pido más cristianos,
Yo respeto su opinión,
Pero no seré el esclavo
De un gobierno sin amor.

María, Madre de afligidos,
Palomita Encarnación.
No me rindo, estoy contigo
Porque en ti yo veo a Dios.

A un Dios que pintorrear
Con pintadas sin razón



Y con huevos bombardean
Al igual que a un bufón.

Ya han tocado mis creencias,
¿Libertad propia de expresión...?
Pues a ese humilde crucifijo
Ni lo toques, es mi Señor.

Al César lo que es del César
Y a Dios lo que es de Dios.

Que tan sólo exijo yo el respeto
De un país sin compasión.
Si hay sitio para todos,
Respétemnos por favor.

Si mi Madre es bondadosa
Con el que cree y con el que no.
Si yo no pido que me entiendas,
Pero no me juzgues, ¡no!
Por salir de nazareno
O por tomar la comunión,
Por ir a Misa los domingos
O por estudiar religión.

Una asignatura por cierto
Que no sólo muestra un Dios.
Yo aprendí muchas culturas
Y de cada cual su tradición.

Así que buen amigo
No me quites mi razón
Que a ti yo no te digo
Que es lo bueno y lo que no.

Y como yo soy de aquel mismo
Que abogó por el perdón
Yo te tiendo a ti mi mano
Para que hablemos del amor.

Es más, desde este atril te invito,



Sin cambiarte de opinión,
A que vengas y la veas
Cuando en Ella estalle el Sol.

Y verás a todo un pueblo
Como canta su oración
A una Madre que ellos aman,
Es un día de esplendor.

Y cuando ese altar ya pase
Por delante de los dos
Tú aquí no te arrodilles
Que ya por ti lo hago yo.

Tan solo quiero que la mires,
Que acaricies su pasión.
Déjales que lo disfruten
Que es solemne tradición.

Que aunque tú no te lo creas
Esta fe es mi razón
Y cuando pase y la veas
Por la calle del dolor
Todo aquel que la rodea
Siente esto igual que yo.

Así que mírala y respeta,
Esa es mi religión,
Que en un palio de creencias
Va mi Madre en procesión.



3. De Sevilla y sevillana

Alcanzo la luz de tu rostro. Pasa el tiempo, irradia tu gracia, llega el gozo. Rocé el momento del encuentro. Ya solos, bueno con ella, con la más bella de entre las flores y que en tu nombre la llenaste de hermosura.

Frío, invierno. Calor, tus ojos. Es la hora, el minuto que añora el alma cuando llevas tanto aguardando sentir la luz que clamas.

Pude verte, al fin. Soñé despierto con aquel momento. Tenía que hablarte, tanto que contarte. Agradecerte que te acordaras de este tu siervo para ensalzarte a la gloria de María. Quería perderme entre tus ojos verdes y enamorarme como si fuera el primer día.

Sentía la necesidad de abrazarte, fiel fervor de mi alegría. Y en tu capilla, ante la luz encendida, senté Palomita, esencia de mi gente, de mi barrio, de mi travesía. Nazarena sevillana, quise verte y al fin te vi.

En la soledad de tu dolor tuve la divina fortuna de volver a presentarme ante tus excelsas plantas.

Fue escaso. Menos tiempo del previsto. Pero fue la hora, fue aquel segundo donde sentí de nuevo la espera. Hasta la fecha, caramelos y envoltorios de regalos aún eran protagonistas en mi quehacer diario tras el paso celestial de sus Majestades los Reyes Magos.

Pero despertó el alma, el corazón tembló cuando ante Ti Encarnación, aquella tarde de enero, sincronice relojes, calculé los días y de nuevo, tras un año para el olvido, corrió por mis venas ese resquemor tan sevillano que el cofrade palpa cuando alcanzamos la hora de la bendita espera.

41 días Sevilla y todo volverá a la normalidad. Sí, a lo normal, a lo lógico, porque nuestra pasión es nuestra vida. Lo extraordinario tenemos que lidiarlo durante todo un año a la expectativa de tu regreso.

40 noches de embrujo, entre el barroquismo de sus muros, y la Sevilla penitente hará repicar como nunca las campanas de la dama más hermosa, esposa torreta y capitana.

El sabor inconfundible de la semana, de nuestro año narrado en 7 días, alcanzará la eterna alegría de ese niño nazareno que estrenará túnica blanca y lanzará caramelos al viento para festejar la entrada de Dios en su sagrada borriquita.

Fiesta de barrio en San Julián, y la Hiniesta pintará los cielos sevillanos con ese celeste azulado que baña a la ciudad entre cirios de hermanos.



Y San Roque en su Esperanza cimbrará las fronteras de la belleza con uno
sonido que pesa, pero que bien que suena...

Sones del himno, no el Real, sino Amarguras, en una apenada elegancia y
finura que alumbra a San Juan de la Palma en ese palio que es Semana
Santa.

Y Cristo crucificado, en las dotes perfectas de Juan de Mesa. El Amor
culmina el día soñado porque todos somos hermanos y hacemos penitencia
para alcanzar ese Domingo de Ramos.

No termina, empieza, todo empieza en Ti María y Tú Señora mía me
guiaste aquella tarde, en ese segundo eterno de miradas perdidas, hacia la
luz de tu gloria que me lleva a la semana más grande que Sevilla pueda
lucir en su cuerpo de mujer.

Desde la Giralda sonarán campanas, abrirá sus puertas a los muros de la fe.
La cera arderá en el fervor de la pasión, pero algo falta, faltas Tú.

Sí Madre, ella espera, no 41 sino 43 tardes de primavera, porque si la
Giralda presume de ser hermosa dama entre curvas que pueden llevar a la
locura, Tú Señora eres la madre sevillana que tallaron en tu mirada el
reflejo de esa torre que hasta los males cura.

Eres sevillanía bajo un palio barroco, traje de luces burdeos juanmanuelino
que irradia de luz en la plata de Villarreal. Marchas y cantos, nazarenos
alumbrando tu divina Encarnación.

Y no las hay más sevillana.
Naciste pura, repleta en gracia
Para tratar la amargura
En su bendita prestancia.

No las hay más sevillana.
Ni dolor más hermoso
Que el de tu lacrimosa mirada
Cuando vas para Sevilla
Con la luz de la Calzada.

No las hay más sevillana.
Ni palios que te adormezcan
Cuando ya tus manos danzan
Al compás del costalero,
Los que te miman y te aman.
Que no las hay más sevillana.



Ni por Navarro en Carmona
Al cruzar su muralla,
Que te lleva a Santiago
Entre las calles y sus plazas.
No las hay más sevillana.
Por San Pedro roneando
Con la Salve que te cantan
Y un rosario en tus manos
Para rezar con Sor Ángela.

No las hay más sevillana.
Hasta en tu plaza unas setas
Has criado sin mirarlas.
Pero este Martes verlas,
Si Tú siempre vas guapa.

Que no amigo, que no las hay más sevillana.
Que su belleza infinita
Desborda siempre la Campana
Y entre mecía y mecía
Va resoplando sus marchas.

Que vino a nacer en Sevilla
A la imagen y semejanza
De las curvas más divinas
Que reflejan la Giralda,
La que el Martes Santo inspira
El fervor de tu elegancia,
Eso es sevillanía...
Encarnación y su gracia
Bajo palio María
Por la torre más gitana.

Y una jarra de Sevilla
De las cuatro iluminadas
Que da nombre cada día
A la flor que Tú ensalzas
Ya aguarda la venida
Para absorber tu fragancia.

Es tu encuentro, Madre mía,



Otro año en la Giralda,
Quién tallase la sonrisa
En el dolor de tu alma
Y que se encarna en ti, María,
Azucena inmaculada,
Porque andando por Sevilla
No las hay más sevillana.



4. Estampa y lienzo, es tu historia

Sevillana cofradía de San Benito. En tu historia nunca dejará de latir Triana. Y bien sé que sientes orgullo en tus días de ser fiel reflejo de la Calzá, donde has renacido, donde hoy te sientes tan agusto que parece que han pasado siglos.

Pero me han hablado de ti. Leí de tu vida en el arrabal de mis amores. La cerámica plasmó tu belleza para honrarte de por vida en mi barrio. Dejaste una huella imborrable que nadie jamás podrá olvidar, Palomita de Triana. ¿Qué porqué Palomita? Cuentan que por aquella paloma de Dios que en tu techo de palio te observaba. Yo creo que más allá de esa realidad, siempre quedará esas eternas y bellas tardes de Viernes Santo, o de Jueves de Oficios, cuando paseabas y revoloteabas entre los corazones de tus vecinos, de tus hermanos del viejo barrio.

Túnicas de color negro, nazarenos que abrazaban sus cirios en la luz de tu camino hacia el alma mater de Triana, hacia su catedral, hasta alcanzar el templo de Señá Santa Ana.

Siglos de Semana Santa, hasta 1847. 20 años después la Junta revolucionaria decreta el cierre al culto y posterior derribo de tu capilla.

Adiós Palomita, adiós. Entonó Triana triste aquel último canto a la madre de muchas madres. Nunca más regresarías, parabién de tu buenísima gente de la Calzá que te han dado todo y más que falta aún por llegar.

Pero en el derrotismo de tu marcha, dejando huérfano el nido que vio crecer a esta Palomita tan sevillana, se perdió Él. La sangre de tu sangre, el hijo de tus entrañas encarnado, por el que lloraste tantos años entre las calles de la antigua Cava. Túnicas rojas, nazarenos en la penitencia del crucificado de la Sangre, ese bellissimo tesoro tallado en la gubia de Francisco de la Vega en 1553.

Estampas, benditas estampas en la memoria del alma de aquella Triana que un día pudo presumir de tu bendita estancia.

Fotografías, lienzos, grabados... Más que las palabras, son estas imágenes las que dan vida, ponen emoción y hasta arrancan lágrimas. Porque a las palabras no se les reza, pero a una estampa sí.

Por eso aquella imagen, aquel segundo que el cielo quiso dejar en Triana en la primera levanta de su Virgen de la Encarnación, o en ese instante sagrado en el que el Señor de la Sangre moría en Santa Ana, o cuando



aquellos nazarenos del olvido caminaban por Pagés del Corro o la Plazuela, nunca perderán el presente de la Sevilla más cofrade.

Pasado no es siempre querer recuperarlo. Si San Benito es de la Calzá... 'pa' que tocarlo, si no hay mejor sitio para presentarlo.

Pero, aquella tarde de enero que vine a verte y al fin te vi, no olvidaré el calor de tu esencia, de tus recuerdos, de tu pasado, de tu Triana. Pero aquí nació su eterna misericordia. El Dios guapo, el Señor que atado de manos roza la impotencia ante su propio pueblo. La injusticia al justiciero. Aten mis manos, que yo también soy un preso, un preso por su mirada.

Pues en esa estampa, en ese lienzo del que os hablaba y donde la fe reza, mueve muros de la Sevilla romana, oré sin saber que pronto querías llamarme para, ante tu poder todopoderoso, juzgar los versos que te he robado para cantarle a tu bendita Madre.

Día de Reyes. Sevilla en fiesta y el cofrade que aguarda la espera de un Rey, el último, el de raza negra, para comenzar a restar días de ese calendario que tan sólo marca una fecha. 1 de abril, Domingo de Ramos.

En la Fiesta de la Epifanía, día de regalos, preparé los de mi familia y los de mi pareja. De entre tantos, uno muy especial para una señorita que suspira por tu belleza, y no es para menos, Señor de la Presentación.

En la originalidad, lo económico, que no por ello menos valioso. Busqué y encontré el lienzo perfecto que refleja tu estatus sevillano, misterio de misterios.

La pintura que ensalza tu idiosincrasia 'lastrucciana' en el fervor sevillano. Y cuentan que son dos las que te descubren. Una, la del Ecce-Homo del húngaro Munkacsy..., pero que queréis que os diga, esa obra de arte del italiano Ciseri de 1891 para el Palacio Pitti de Florencia, plasma ese bello instante en el que la Calzá te despide cuando vas para Sevilla. Esa espalda, la trasera, el tesoro de un balcón que anda... y cómo anda...

Claudia Prócula que no quiere ni mirar, casi ni escuchar la voz de su marido. El sanedrín resguarda el pergamino de la sentencia. Y ese romano, "¿Qué está pasando? ¿Lo ajusticiamos o lo liberamos?", imagino por su mirada que de dicho modo así mismo se lo preguntaría. El esclavo es esclavo y su misión ante la victoria del Señor prácticamente ni le va ni le viene. Y Poncio Pilatos, que asoma por esa barandilla forjada ante la idolatría de su pueblo. Es perfecto. Hasta el Señor manifiesta su cara, su agonía, su detrimento del poder ante lo humano. Es juzgado por un jurado popular y su muerte está anunciada.



No, no es la descripción de un misterio que en Sevilla adoramos cada Martes Santo, sino del pincel perfecto del italiano que dio vida e iluminó la oración de Lastrucci ante el encargo de la ejecución de uno de los misterios mejor logrados en nuestra Semana Santa.

Pues esa pintura, esa figuración fabulosa de Antonio Ciseri me hizo rezar cuando di con ella. Porque las palabras se las lleva el viento, una estampa no.

Un día antes de un nombramiento inmerecido hacia un servidor para exaltar la finura y belleza excelsa de la Reina de la Calzá, te descubrí. Supe entonces, en la mano de un maestro florentino, como suspira por Ti Sevilla. Porque me dicen y repiten que eres la obra perfecta de Castillo... profesional de escenas. Como hasta tu talla dotada de hermosura extrema colonizó América en el siglo 20, en la catedral de Texas. Comprendí como se regocija tu banda de la Encarnación en la visión de una exquisita trasera. Aprendí a no lavarme las manos para escuchar la voz de esta buena gente que por ti muere.

En ese cuadro, en ese regalo que con orgullo entregué a mi pareja escuché una voz, la de un barrio, la de Morán y sus costaleros, la de esos largos tramos nazarenos que te llevan a Sevilla a custodiar tu Presentación. Antes de aclamar la muerte al reo, la Madre del Señor, derrama de sus lágrimas la primera / de tus cinco, Encarnación. Y en tu futuro está la cruz, otro paso caminante Santísimo Cristo de la Sangre, raíz de la cofradía y su fervor. Es tu historia contada en lienzo, que vino de Triana a la Calzá por el camino del amor. Es la obra cumbre, el misterio que Castillo ejecutó orando ante ese cuadro que Ciseri diseñó. Así comprendí tu Martes Santo, y en la estampa una oración, la que grita todo un barrio cuando cruzas ya el portón: ¡En San Benito ‘pilateros’ por la gracia de Dios!



5. Todo un año y sólo un día

Todo un año y sólo un día. ¿Quién me puede explicar tal ilógica razón? Sí, todo un año y sólo un día. 364 momentos irrepetibles entre cultos, besamanos, convivencias o traslados. Y esas largas tardes de verano donde nunca dejará de relucir la plata de sus candelabros. Llegas el momento, llega la hora, y la Sevilla cofrade está envuelta en paños y pinceles para reestrenar cada año ese canasto que con tanto esfuerzo se ha pagado. Y ha pasado, todo un año para sólo un día, pero que día... Martes Santo. Enrabieta vuestras manos, acelerar el pulso de vuestros corazones porque la espera ha merecido la pena.

Como la de este pregonero que has cautivado ante el esplendor de tu azucena. Porque he aguardado, he suspirado por este instante que pensé nunca alcanzaría. Hace un año, vine a verte y no te vi. Aquel micrófono de cera se derretía en la tristeza de 2000 almas que lloraron tu ausencia por las calles sevillanas. Toco madera, pero no volverá a ocurrir. Porque quiero verte presumir nuevamente por Sevilla de ser la dolorosa más antigua bajo un palio de gracia plena.

No obstante, hoy me marcharé pudiendo gritar a los cuatro vientos que fue todo un año y sólo un día. Nadie podrá arrebatarme la procesión, la Estación de Penitencia en tu alegría que esta noche he alcanzado junto a Ti. Ahora, otro turno espera, el más grande, el de tus hijos de San Benito que van restando por las manecillas del reloj las ya escasas horas, tal vez minutos para rozar el radiante Sol del próximo 3 de abril. Martes Santo en la Calzá, ha merecido la pena esperar.

Todo un año y sólo un día.
Besos, lágrimas, sonrisas...
Saber quererte, una caricia,
Que Tú me envuelves,
Que Tú me guías
Y aquí quizás pocos me entienden,
Es normal, no hay teorías
Para amarte eternamente
Y explicar que tras un año
Sólo un día bastaría.

La fusión de los momentos,
De esas horas Madre mía
Que al mirarte sólo pienso



Si al marcharme eso que siento
Lleva el nombre de María.
Todo un año y sólo un día.
Sois mi ángel de la guarda,
Sois el beso de mi alma
Que besó de tantas formas
Bajo el Sol que en ti se empapa
Que tus ojos brillan, brillan,
Son luceros en mis mañanas,
Ventanal de mi Sevilla
Que atraviesa tu mirada.

Así confieso Virgen mía
Sin pudor y sin prestancia,
No te busco hipocresía,
Que sólo un día aquí en tu casa
Y me ha sobrado hasta diría
Tanto tiempo de quedadas
Contigo a solas María.

Y no lo digo por desganas,
Ni por tardes aburridas,
Sino que todo vale nada
Si me olvido de aquel día.

De esa puerta enamorada
Que de tantos te escondía,
De esa calle engalanada
Por los niños que Tú crías.
De esa banda ya formada
Agrupando mil sonrisas
O de antifaces, piel morada,
Palpitando de alegría.

Así este templo separaba
Cielo y tierra de Sevilla,
La que en tu calle ya aguardaba
Y los minutos no corrían.

Pues sólo Tú, Encarnación,
Puedes romper las barreras



Que separan nuestras almas.
Sólo Tú mi Virgen guapa
Puedes tirar la puerta
Cuando el barrio ya te llama.

Sólo Tú mi niña amada
Puedes mostrarme la luz
En tu forma más humana.
Que sólo Tú mi fiel guardiana
Puedes dar la bendición
Al corazón que te ama.

Sólo Tú, sólo un día
Bajo el manto de tu gracia
Paseando por Sevilla
De la mano hasta tu casa.

Porque eres luz y fantasía.
Y tus varales son mi fe
Que te esperan ya en tu paso,
Soñaremos otra vez.

A los sones de tu Salve
Entre calles del ayer
Donde dictan sus plegarias:
¡Qué hermosa y Reina es!

Encarnación, sevillana,
Prometo yo así volver.
Hoy marchó entre lágrimas,
Las que pronto secaré.

Cuando ese Martes tu mirada
Irradie al Sol con su poder
A un barrio el cual te aclama
De fe atestado volveré.

Y mi entusiasmo se hará llama
Y en tu amor me fundiré,
Quiero ver la luz que clamas
Cuando cae el atardecer.



Manantial de cuya agua
Hoy quitaste mi sed,
Medicina de mis llagas,
Aquí me postro yo a tus pies.

Y es que tus ojos tallan
El corazón de mi querer,
Querer quisiera mañana
Venir y volverte a ver.

Porque Sevilla es mariana,
Cual cumbre tu paraíso,
Universal y enamorada.
Son tus flores su cobijo,
Azucenas entre ventanas.
Capirote, cruz y cirios,
Ya en tu barrio, la Calzada,
Donde haré en mi voz un grito
Cuando alcance tu mirada
Otro año en San Benito
Bajo palio, coronada.



6. La flor de la azucena

Desvanecía la noche. El candil que ilumina a tu mirada desconectó su luz en el descanso merecido de la oscuridad más sagrada. Y tus hijos, nazarenos caminantes de la pasión según la Calzá, oraban plegarias ante tus plantas y por ese día, uno más en San Benito, te decían hasta mañana.

Hermosa Encarnación, madre y reina coronada, cuanto te aman, cuanto te amo.

Y es curioso como una vez más se cumplía la eterna dicha de que no todo siempre es lo que parece. Tanto es así, que aquella tarde de enero viene a verte y no es que te viera, sino que te conocí.

Atrás quedó la historia de esa Virgen trianera. No, no fue lo que encontré...

Un velo tupido envolvía a todo aquel que te rezaba en esa esquina, en ese altar del cielo donde enraizó hace mucho tu azucena en el jardín del Reino de Dios.

Y tan fértil son estas tierras y tanto mimo empeñan los campesinos de San Benito que de la Calzá no te mueve ya ni la legión romana de Pilatos; con lo bien que se está aquí.

Así marché aquel día, a sabiendas que esta era tu casa y que amor aquí no te faltaría en la vida. Prometí volver y aquí me tienes, embelesado ante tal belleza divina. Preguntándome aún, ¿por qué este año, Madre mía?

Un último instante perduró en el segundo más largo de esta hermosa historia. Al salir por tu otro templo, la casa de tus hijos, miré al cielo y di gracias por quizás una llamada inmerecida. Pero en el escorzo de mi mirada te volví a encontrar. En este caso, en el azulejo de tu fachada, fiel reflejo de la añoranza de ese hermano que quiere observarte durante todas las horas que tiene un día.

Alargué mi vida en un instante eterno y en tu flor, la que tú me entregaste para cuidarla en vida, me quedé.

Porque no hay mejor lugar, ¿verdad?

Flor de flores.
Azucena celestial.
Quien dice tu nombre
Bendice el alma,
Quien dice amarte
Es un amor de verdad.



Me endulza la vida nombrarte,
Encarnación de la Calzá,
Y en Sevilla la pureza
En Ti es mariana libertad.

Martes Santo, el que irradia
En tu palio majestad.
Si es mirarte en cada esquina
En el candor de tu faz
Y me muero de alegría,
Sevillana sin igual.

Eres flor que no marchita
Y que reluces toda paz,
Como los ojos de esa niña
Que encontré en tu caminar.

Es la flor de tu azucena,
Raíces de la belleza
En la carne de mujer.
Por las que muere todo hombre
En el nombre de la Reina
Del corazón de cualquier ser.

Y si es hermoso ya nombrarte
Por lo menos una vez,
Que privilegio es mirarte
En dos miradas de mujer.

Y aquella flor de blanca cera
Que derrite a toda alma
Cuando al fin te logra ver
No se queda en el olvido,
Encarnaste Tú su brillo
Y te lo pienso devolver.

Flor de flores.
Azucena inquieta de amor,
Si es mirarte y la veo,
Dual reflejo en mi pasión.



Encarnación, Tú no me llores.
Ya por ti lo hago yo,
...Si consagraste Tú mi vida
De tu jardín con una flor.

De entre todas la más hermosa,
Que ilumina hasta al Sol,
La que en tu nombre bautizaste
En la belleza sin dolor.

Quisiera estar toda mi vida
Observándoos a las dos.
Sin añorar vuestros besos,
Que no me los quite Dios.

Son las flores, son mis flores
Las que llevan el timón
Al rincón de los amores
Entre tierra y devoción.

Y con tu venía, Madre mía,
Regreso de nuevo a la flor
Que me ofrecieras aquel día
Para sellar nuestra unión.

Fue un placer charlar contigo,
Abrazarte en el fervor
Y rezar tu Ave María
En el nombre de los dos.

Y la flor, que no se olvida,
Que de aquí no marchó yo
Sin entregaros la azucena
Que nació del corazón.

Estos folios lo han dictado:
'Cautivado por amor'.
Por las más preciosas flores
Que me llenan de ilusión.



Y así os dejo toda el alma
Que sin ti ya no soy yo,
Lucero de mis mañanas,
Niña y Madre del pregón.

Y más amor sin mil palabras,
Cierro ya la exaltación,
Con la azucena en dos ramas
Para una y otra flor,
Que mis palabras se resbalan
Y me tiembla hasta la voz,
¡Sólo quiero ya besarlas...!
Buenas noches, Encarnación.

Exaltación a Nuestra Señora de la Encarnación, finalizado
El pasado martes 14 de febrero, día de San Valentín
En la fiesta del amor universal. Exaltación
Dedicada plenamente a mi pareja, a la
Niña que lleva el nombre más
Hermoso, Encarnación. Y
Para la eternidad de
San Benito y su
Buena gente.
Moisés Ruz.